

Francisco Maldonado

BALTASAR GRACIAN Y LAS INDIAS

EXCUSA me será para la elección de tema de esta nota salida al paso de mi tarea, el traer ahora entre manos un extenso estudio sobre Baltasar Gracián. Y digo así porque en nuestro autor, tan aficionado a utilizar las noticias geo y etnográficas, como esmaltes y sainetes de su estilo, no muchas veces ocurren las tocantes a América, y son en su caso de poca importancia.

No se parece en esto a Góngora, su poeta, el cual gusta de aprovechar el americano como elemento exotista y pintoresco, a la manera de los motivos de ambas Indias que exornan en Portugal a la arquitectura manuelina.

Piedras, maderas, metales y aderezos de coyas y caciques, dan pasto al ávido fuego descriptivo de don Luis, o los indianos enriquecidos de avenida a su verbo satírico.

Quien como Gracián acudía a cada paso, con su memoria y su imaginación, a los árabes, persas, chinos y japoneses, haciendo alarde de noticias tempestivas y universales, a que tan ocasionado era el Instituto en que profesaba, y asombrando y deleitando con ello a sus lectores, mostrábase harto escaso y poco cuidadoso, respecto a las Indias Occidentales y otras provincias lejanas del Imperio español.

La ruta de América, en efecto, queda casi inadvertida, las alusiones son escasas en toda la obra del autor, y, en cuanto tales, son generalmente algo accidental, enfocando todo su valor a la intención de otro orden con que están dichas*.

Hay, en cambio, en la novela capital de Gracián, en el «*Criticón*», un elemento geográfico y particularmente indiano, que lo es importantísimo de la trama novelesca; está construido exclusivamente sobre la ruta portuguesa, de las Indias Orientales, consideradas también, por supuesto, como camino real del católico Filipo.

El tema de la novela deriva, a mi parecer, de uno de los infinitos retoños que diseminó por Oriente y Occidente la leyenda de Bud-

dho. Uno de los héroes de la fábula, Andrenio, nace y se cría en una cueva sin comunicación alguna con el exterior. Al salir del encerramiento, o poco después, es recibido en los brazos y enseñanzas de un preceptor, Critilo, el cual le saca a la feria del mundo. Este tema del alumno, del preceptor, del encerramiento y de la feria del mundo es enteramente búddhico.

Pero sobre estas manifestaciones que pudieran decirse indicios, está la trascendencia fundamental del tema búddhico, patente en la novela, pues la idea generadora de la obra y la consecuencia no es otra que la del *desengaño*, estética y moralmente categorizado. Y por si esto fuera poco para confirmar la procedencia oriental de la novela, a través de toda ella discurre una sostenida misoginia, la cual puede considerarse como una transformación pintoresca y amena de la esencia askética de la leyenda original.

Y aún más. A este propósito de la misoginia da cabida el «*Criticón*» a uno de los cuentos proverbiales recogidos en la biografía legendaria de Buddho, que ya antes, por cierto, había ingresado en la vieja literatura castellana, y aun en el folklore español, donde sigue vi- viendo todavía.

He aquí la forma actual, recogida de boca de un campesino de Ledesma, en Castilla.

Después de haber tenido un padre encerrado a su hijo, desde que nació, con el propósito de que no conociera el mundo y sus maldades, ni el trato ni la existencia de la mujer, al fin, ya adolescente, le saca al mundo y le lleva a un mercado. Le va enseñando y explicando todo. Al pasar junto a un grupo de mujeres, a una pregunta del hijo le responde: «Son demonios», o según una variante que indica ya una gran deformación: «Son cigüeñas».

Acábase la jornada: —Hijo, ¿qué quieres que te compre?

—Padre, cómpreme usted una cigüeña.

Véase ahora la forma que afecta la fabulilla inserta en el diálogo del «*Criticón*», donde se acusan los elementos estrictos de la feria del mundo, de las mujeres-demonios, y de la preferencia de éstos sobre todos los demás objetos, aparte de otras reminiscencias de «*La vida es sueño*», o de la misma integridad de la leyenda del Balaam y Josafat que matizan el cuento popular.

CRITICÓN, I, 12.

—«Donde hay juncos, decía uno, hay agua; donde humo, fuego, y donde mujeres, demonios.

—¿Cuál es mayor mal que una mujer, decía un viejo, sino dos, porque es doblado?

—Basta, que no tiene ingenio sino para mal, decía Critilo; pero Andrenio, —callad, les dijo, que con todo el mal que me han causado, confieso que no las puedo aborrecer ni aun olvidar. Y os aseguro que de todo cuanto en el mundo he visto, oro, plata, piedras, palacios, edificios, jardines, flores, aves, astros, luna, y el sol mismo, lo que más me ha contentado es la mujer».

El tema búddhico, sin embargo, no ocupa materialmente más que los primeros capítulos de la obra, en virtud de un método propiamente proemial; en este proemio (que así lo podemos llamar) va conducido y metodizado dentro de un elemento geográfico, a la manera de la novela griega. Se da, empero, una transposición del ambiente mediterráneo de aquel antiguo novelar, a otro más amplio, construído, como tengo dicho, sobre la ruta portuguesa de Oriente. ¿Será la reminiscencia del tema búddhico, misteriosamente sentida, la causa de la transposición?

El nuevo escenario es el inmenso mar y la isla de Santa Elena.

Allí es expuesto Andrenio, engendrado en Goa y nacido en el Océano. Allí, como en las fabulaciones mediterráneas, que pasaron también a la novela antigua, es alimentado de las fieras. Allí, procedente de Goa, llega Critilo, el preceptor. Y allí, en Santa Elena, da Gracián vida novelística al planteamiento y solución de un problema de la ciencia y de la novela antigua: al del origen del lenguaje; pero no en la forma clásica, sino que Andrenio, antes avezado a los aullos y expresiones sentimentales de las fieras, es amaestrado lentamente por Critilo en el lenguaje humano.

Los antiguos plantearon y resolvieron el problema de manera más cumplida y satisficente, utilizando como vehículo de todo el proceso a dos mellizos expuestos en una isla desierta y criados entre las fieras.

Un hombre y personaje alegórico de capital importancia para la economía de la novela, el de *Felisinda*, también parece decir relación a la India, pues según Adolfo Coster el artificio del vocablo pudiera no ser otra cosa sino un juego de palabras sobre Félix Inda.

Queda enhiesto, como consecuencia de lo dicho, que Gracián prestó una especial atención a Portugal y a su expansión ultramarina sobre la de Castilla; lo cual no es sino una manifestación de la simpatía y admiración sostenida que mantuvo durante toda su vida y toda su obra a la cultura, al arte y a la política de los portugueses.

Estas consideraciones intimidadoras de un excursio al Oriente han sido provocadas especialmente por un pasaje en el comienzo del «*Criticón*»: allí donde Gracián expone por boca de Andrenio su propio *Cogito*, tan sorprendentemente parecido al de Descartes, y no menos al que forma el núcleo pensamental de la novela pedagógica *Hayyí ben Yagzhán*, de Ben Tofail.

Ambas fuentes, la de Buddha y la de Tofail, nos conducen por la misma derrota hacia el Oriente, como ocurre con tantas otras obras de la literatura española.

El pasaje en cuestión encierra una clara alusión a *La vida es sueño*, de Calderón, también albergadora de un núcleo de origen oriental y búddhico.

En la obra de Calderón los jardines deliciosos que encierran la mocedad del príncipe Sakia Muni y que, por reacción han de lanzarlo, abandonándolo, a la vida ascética, son sustituidos por la simbólica caverna del conocimiento. En la leyenda de Buddha, y en el mito creado por Calderón, el sujeto aporético que medita sobre la *condition humaine*, recibe luz y ayuda de la enseñanza de un preceptor. Lo mismo ocurre en la novela pedagógica de Gracián, cuya caverna procede directamente de la de Segismundo. La salida del enclaustrado al mundo es tema común a todas las versiones del mismo mito originario.

El pasaje graciánico es éste:

«Crecía de cada día el deseo de salir de allí, el conato de ver y saber, si en todos natural y grande, en mí, como violentado, insufrible. Pero lo que más me atormentaba, era ver que aquellos brutos, mis compañeros, con extraña ligereza trepaban por aquellas paredes, entrando y saliendo *libremente* (subr.) siempre que querían, y que para mí fueran inaccesibles, sintiendo, con igual ponderación, que aquel gran don de la libertad *a mí solo se me negase*».

Tan obvia es la procedencia de esta sentimentalización del monólogo de Segismundo, del «¿tengo menos libertad?», que no hay por qué insistir en ello, ni menos anotar que, por su obviedad, tiene que haber sido advertida por la crítica histórica.

* * *

(*) Copio a continuación para confirmar mi tesis, algunas de estas alusiones a las Indias.

1. CRITICÓN II, 3.

¿Cómo que no os he dado Indias? ¿Eso podeis negar con verdad? Indias os he dado y bien baratas y aun de mogollón, como dicen, pero sin costaros nada. Y si no, decidme; ¿Qué Indias para Francia como la misma España? Venid acá. Lo que los españoles ejecutan

BALTASAR GRACIAN Y LAS INDIAS

con los indios, ¿no lo desquitáis vosotros con los españoles? Si ellos los engañan con los espejillos, cascabeles y alfileres, sacándoles con cuentas los tesoros sin cuento, vosotros con lo mismo, con peines, con estuchitos y con trampas de París, ¿no les volvéis a chupar a los españoles toda la plata y todo el oro, y esto sin gasto de flotas, sin disparar una bala, sin derramar una gota de sangre, sin labrar minas, sin penetrar abismos, sin despoblar reinos, sin atravesar mares? Anda y acaba de conocer esto.

2. HEROE IX.

Nunca hubiera llegado a ser Alejandro Español y César Indiano el prodigioso Marqués del Valle, don Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos; cuando más, por las letras hubiese llegado a una vulgarísima medianía, y por las armas se empinó a la cumbre de la eminencia, pues hizo trinca con Alejandro y César, repartiéndose entre los tres la conquista del mundo por sus partes.

3. El Brasil se entregó luego al de Berganza perdiéndose en él 5 millones de renta de la India que llegaron a Lisboa. (Carta a Andrés de Uztarroz, Julio 27 de 1641).